



..... La gran alegría del anciano, fué llevar á los niños consigo en sus excursiones.



X

Cecilia.

¿Dónde va usted tan temprano?... preguntó el doctor Hirsch, que bajaba perezosamente de su cuarto, á Carlota, ya muy vestida, con un libro de misa en la mano

y seguida de Jack, al cual había vuelto á vestir con el traje favorito de lord Peambock, alargado para esta circunstancia, pero aún resultaba corto.

—Vamos á misa, amigo mío. Hoy ofrezco yo el pan bendito. ¿No se lo ha dicho á usted D'Argenton?... Pronto; dése usted prisa... Hoy es necesario que todo el mundo vaya á la iglesia.

Era el 15 de Agosto, día de la Asunción. Muy orgullosa con el honor que se le hacía, la señora D'Argenton salió al fin el último toque y se sentó, con el niño á su lado, en el banco reservado, al lado del coro. La iglesia estaba vestida de fiesta, iluminada, llena de sol y adornada con flores.

Los niños de coro y los sochantres llevaban sobrepellices blancas, recién planchadas; y delante del facistol, en una mesita rústica, los roscos de pan bendito se elevaban en columnas doradas, presentadas á la admiración de los habitantes. Para completar el cuadro, todos los guardabosques en traje de gala, verdes, con el cuhillo de monte al cinto, su carabina en la mano, habían ido en corporación para asistir al "Tedeum" de la fiesta oficial; lo cual venía como pedrada en ojo de boticario á los cazadores furtivos y á los ladrones de leña.

Ciertamente, Ida de Barancy se hubiera mostrado muy asombrada si un año antes le hubiese dicho alguien que se sentaría junto al coro de una iglesia de pueblo, con el nombre de vizcondesa D'Argenton, y que, con respetuoso ademán, con los ojos fijos en su libro de oraciones, tendría la apariencia, la consideración, el prestigio de una mujer casada.

Aquel papel, nuevo para ella, la divertía. Vigilaba á Jack, volvía religiosamente las hojas de su libro de rezos, y se arrodillaba, produciendo con sus faldas unos frus-frus completamente edificantes.

Al llegar al ofertorio, el pertiguero, armado de su alabarda, se acercó á coger á Jack de la mano, y se inclinó al oído de la madre para preguntarle qué niño debía escoger para que tuviese la bolsa del petitorio.

Carlota titubeó un momento. No conocía á casi nadie entre la gente de aquella asamblea endomingada, en la cual los sombreros con flores, las crinolinias parisienses, habían reemplazado á las cofias y capotillas de los días de trabajo. Entonces, el pertiguero le indicó la nieta del doctor Rivals, una niña muy bonita que estaba sentada al otro lado del coro, con una señora anciana vestida de negro.

Los dos niños se pusieron en marcha detrás de la majestuosa alabarda que iba marcando sus pasitos. Cecilia, con una bolsa de terciopelo demasiado grande para sus dedos, y Jack, con un cirio adornado con lazos y flores contrahechos. Estaba tan guapo el uno como el otro. El con su traje á la inglesa que le hacía parecer más alto; ella muy sencilla, con el cabello trenzado y caído que hacía resaltar la blancura mate de su rostro, iluminado por dos ojos de color gris claro como el de las perlas. Un agradable olor á pan bendito, mezclado al perfume del incienso, flotaba en la iglesia al redor de ellos, como si fuese el propio aliento del domingo y de la fiesta religiosa. Cecilia pedía con amabilidad y sonriendo. Jack iba grave; aquella manita que temblaba en la suya, bajo su guante blanco, le producía la impresión enternecedora que le habría causado un pájaro cogido por él en el bosque, tibio aún de la pluma del nido, y dulce y suave como ella. ¿Presentaría ya que aquella manita sería su amiga, y que, andando el tiempo, todo lo que hubiese de bueno en su vida, le vendría de ella?

Iban y venían por entre los bancos.

—¡Bonita pareja hacen! decía la mujer del guarda al verlos pasar, y en voz más baja, muy baja, de modo que

no la oyesen, añadía: "¡Pobrecita! Va á ser más guapa aún que su madre. . . . ¡Con tal que no le suceda lo mismo que á ella!"

Cuando acabaron de pedir, Jack, de regreso á su sitio, creía sentir todavía el encanto comunicativo de la manita que había tenido en la suya; pero su felicidad no debía concluir allí. A la salida, en medio del barullo que había en la plaza, donde los cascos de los bomberos, las carabinas de los guardabosques, brillaban al sol confundidos con los mil colores de los trajes de las mujeres, la señora de Rivals se acercó á la D'Argenton y pidió permiso para llevarse á Jack á almorzar á su casa, y para tenerlo allí toda la tarde, á fin de que jugase con su compañera de colecta. Carlota se puso colorada de placer, arregló la corbata del niño, atusó sus hermosos cabellos rubios, y le dió un beso.

—¡Que seas muy bueno!

Y los dos niños, como en el paseo solemne de la colecta por la iglesia, se fueron juntos delante de la abuela, que tráfajosamente les seguía.

Desde aquel día, cuando Jack no estaba en casa y preguntaban: "¿Dónde está?" Ya no contestaban: "En el bosque," sino que podía decirse sin temor de equivocarse: "Está en casa de Rivals."

El médico vivía al final del pueblo, en el extremo opuesto al de la casa de Carlota, una casita baja muy parecida á la de los pobres campesinos, y la cual sólo se diferenciaba de las demás del pueblo en una placa de cobre y un botón colocados junto á la puerta, sobre los cuales se leían estas palabras: "Por aquí se llama de noche." Parecía antigua por lo ennegrecido de las paredes y lo tosco de las ventanas; pero algunos adornos

modernos, sin concluir, indicaban que había habido en un tiempo propósitos de rejuvenecerla y que una catástrofe súbita había venido á interrumpirla en medio de su tocado de casa vieja que se restauraba. Así, por ejemplo, encima de la puerta de entrada, un armazón de cinc estaba esperando que le pusieran una montera de cristales, y se alzaba sobre la cabeza de la gente que llamaba á la puerta la coronación de la marquesina sin terminar. Lo mismo sucedía á la derecha del pequeño patio plantado de árboles: había empezado á edificarse un pabellón dejado en suspenso cuando se hallaba á la altura del entresuelo, y la puerta y las ventanas no eran más que agujeros cuadrados.

La "desgracia" de aquellas pobres gentes había ocurrido precisamente cuando estaban haciendo esas reparaciones; y, por una superstición que se explicarán todos los que amen, las obras habían sido interrumpidas y abandonadas.

Hacía ocho años de aquello. Desde hacía ocho años, las cosas habían quedado en el mismo estado; y aun cuando en el pueblo todos estaban acostumbrados á verlas así, aquella falta de conclusión daba á la casa entera la fisonomía abatida de una persona á quien nada importa ya, y que á todo dice: "¿Para qué?" El jardín que formaba detrás de la casa, al final de un corredor blanqueado con cal, una alfombra verde se hallaba también en estado de completo abandono. La hierba crecía por todas partes, y anchas hojas parásitas cubrían el estanque, en el centro del cual había un surtidor que tampoco echaba agua.

El aspecto de las personas se parecía al de la casa. Desde la señora de Rivals, que hacía ocho años llevaba

luto riguroso por su hija, hasta Cecilia, que tenía en su semblante de niña cierta expresión de gravedad, de melancolía sorprendente á su edad, hasta la criada vieja que llevaba en casa de aquellas buenas gentes más de treinta años, y soportaba parte del peso de su desgracia, todo el mundo vivía en la misma opresión, con la misma tristeza hundida en el silencio.

Sólo el doctor se substraía á la influencia general. Sus excursiones continuas al aire libre, las distracciones del camino, tal vez también la filosofía del hombre que ve morir con frecuencia, habían completado las disposiciones naturales de un temperamento que no tenía doblez alguna, y muy dispuesta á la expansión.

Mientras para la señora de Rivals, la presencia continua de Cecilia, lo que encontraba de la madre en las facciones ya dibujadas de la niña, era una renovación perpetua de su duelo, el doctor, por el contrario, recobraba su buen humor á medida que al chiquilal iba creciendo, porque parecía que iba recobrando poco á poco la hija que había perdido. Cuando había pasado el día, corriendo de ceca en meca, y después de correr se encontraba solo con la niña, porque su mujer anduviese ocupada en algún quehacer de la casa, acometíanle ráfagas de alegría, de juventud, y ganas de cantar á voz en cuello los aires marineros que ya tenía olvidados; pero se contenía ante el mudo reproche de su mujer que, con su mirada silenciosa, parecía decirle al entrar en la habitación: "Acuérdate"... como si tuviese alguna culpa en la desgracia que les había herido á los dos.

Ese simple llamamiento á la tristeza bastaba para consternarlo, para hacerlo callar; y se quedaba silencioso, acariciando las trenzas del cabello de su nieta.

Entre aquellos dos ancianos, la infancia de Cecilia se

desarrollaba melancólicamente. Salía poco, vivía en el jardín ó en una gran habitación llena de cajones, de cajas de hierbas y raíces puestas á secar, la cual llamaban "la botica." En aquella habitación había una puerta, siempre cerrada, que conducía al cuarto de la joven cuya muerte era tan sentida; cuarto en el cual se hallaban marcadas todas las etapas de su corta vida por algún recuerdo de juego, de estudio, de religión, de tocador: libros, vestidos colgados ordenadamente en un armario, un cuadro de comunión colgado en la pared, todo un museo de reliquias que ya amarilleaban, en el cual sólo entraba la madre con religioso recogimiento, sin que su pesar disminuyese jamás por las huellas que el tiempo iba dejando en la fragilidad de los objetos.

Cecilia se detenía algunas veces pensativa ante aquella puerta cerrada siempre como la losa de un sepulcro. Por otra parte, pensaba demasiado. Jamás la habían mandado á la escuela como si temiesen por ella el contagio con las demás chicas del pueblo; y ese aislamiento le hacía daño. Su cuerpecito se cansaba de exceso de inacción. Faltábale esas turbulencias de la vida, ese gritar sin causa, esos saltos locos que tienen los niños cuando no se hallan contenidos por el temor de que se burlen de ellos las personas serias.

—Es preciso distraerla, dijo el señor Rivals á su mujer.... Ahí está el chico de la D'Argenton, que es muy mono, poco más ó menos de su edad, y que no charlaría.

—Sí; pero ¿quiénes son esas gentes? ¿De dónde han salido? Nadie las conoce, contestaba la señora de Rivals siempre desconfiada.

—Son personas excelentes, hija mía... El marido es muy original, es verdad, pero ya comprendes que los

artistas... La mujer es un poco tonta, pero muy buena. Cuanto á honradez, yo respondo.

La señora de Rivals meneaba la cabeza. No tenía confianza en la perspicacia de su marido.

—¡Oh! ¡Qué sabes tú!

Y suspiraba, dirigiéndole una mirada llena de censuras. El viejo Rivals bajaba la cabeza como un culpable. Pero le tenía cariño á su idea.

—Ten cuidado, decía; la niña se aburre. Acabará por caer enferma. Y después, ¿qué? Ese Jack es un niño, se hastía también. ¿Qué quieres que suceda?

Por fin, la abuela se dejó convencer, y Jack se hizo el compañero de Cecilia.

Para él fué aquella una vida nueva. Al principio fué pocas veces, después más á menudo, y, por fin, todos los días. La señora de Rivals tomó bien pronto cariño á aquella criatura bonita, discreta y cariñosa que estaba cohibida por la indiferencia, como Cecilia lo estaba por la tristeza. Echó de ver el abandono en que dejaban al niño, y que siempre llevaba la blusa sin botones, y que á todas horas estaba libre, y que no tenía ni lecciones ni horas de estudio.

—¿No vas á la escuela, hijo mío?

—No, señora.

Y añadía, porque á veces hay verdaderos trozos de delicadeza en el corazón de los niños: "Mamá me enseña."

Trabajo le hubiera costado á la pobre Carlota con la cabeza de chorlito que tenía. Por lo demás, era bien fácil advertir que en casa de sus padres nadie se ocupaba de él.

—Parece increíble, decía la señora de Rivals á su

marido, dejar que ese niño campe por sus respetos, todo el día, sin hacer nada.

—¡Qué quieres!, contestaba el doctor para disculpar á sus amigos. Parece que no puede estudiar, ó, por lo menos, que no quiere. Tiene la cabeza un poco débil.

—Sí, la cabeza un poco débil, y además su padrastro no lo quiere. ....

—Los hijos del primer matrimonio son siempre unos parias.

Jack encontró verdaderos amigos en aquella casa. Cecilia lo adoraba y ya no podía pasar sin él. Jugaban juntos en el jardín cuando hacía buen tiempo, y si no, subían á la botica. La señora de Rivals estaba siempre allí. Como no había boticario en Etiolles, hacía ella misma las recetas de su marido cuando eran sencillas, pociones calmantes, polvos, jarabes. Como llevaba veinte años ejerciendo ese oficio la buena señora, tenía una gran experiencia; y hasta en ausencia del doctor, mucha gente iba á consultar con ella. A los niños les divertían aquellas visitas, deletreaban las etiquetas de los frascos, escritas en latín lleno de barbarismos, "sirupus gummi;" ó bien armados cada uno con unas tijeras, cortaban letreros y los pegaban, él, torpe como un muchacho; Cecilia, con la atención seria de la niña que está llamada á ser una mujer útil y preparada para todas las minucias de una existencia laboriosa y sedentaria. Tenía á la vista el ejemplo de la abuela. Esta regentaba la botica primerero, y además, llevaba los libros de su marido, se ocupaba de los ingresos, anotaba las visitas hechas en el día.

—Vamos á ver, ¿dónde has estado hoy?, preguntaba al doctor cuando éste volvía á su casa.

El bueno del hombre olvidaba por el camino la mitad de las visitas que había hecho, y, voluntaria ó involuntariamente, suprimía siempre una parte de ellas, porque era tan generoso como distraído. Había cuentas que estaban presentadas hacía veinte años. ¡Ah! Si no hubiera sido por su mujer, ¡qué ruina! Ella le reñía cariñosamente, le preparaba su grog, se ocupaba de los más insignificantes detalles de su traje, y ya cuando iba á salir á la calle, la niña le decía con mucha gravedad: "A ver, ven acá, abuelito, que vea yo si te falta algo."

La bondad de aquel hombre tenía algo de divino.

Leíase en su mirada de niño inocente y clara, pero sin la maliciosa expresión de los muchachos. Aun cuando había corrido mucho mundo, y conocido mucha gente y muchos países, la ciencia lo había tenido siempre hecho un cándido. No creía en el mal, y aplicaba la misma ilusión indulgente á todo lo que tenía vida, á los animales como á las personas. Así es que, para no cansar á su caballo, un antiguo compañero suyo que le servía hacía veinte años, en cuanto encontraba una cuesta que subir, un camino escabroso, ó solamente con que el animal arrastrase un poco la pata, se bajaba del cochecillo y echaba á andar con la cabeza descubierta, hiciera sol, ó lloviera, ó venteara, conduciendo de la brida al animal, que lo seguía tranquilamente.

El caballo estaba hecho á su amo como el amo al caballo: sabía que el doctor se entretenía á menudo en sus visitas, que no sabía nunca cuándo marcharse, y había aprendido á sacudirse las riendas de cierto modo á la puerta de las casas de los enfermos. Otras veces, cuando era hora de volver para el almuerzo ó para la comida,

se paraba en medio del camino, y se volvía obstinadamente en dirección á casa.

—¡Toma! ¡Es verdad! ¡tienes razón!, decía Rivals.

Entonces volvían apresuradamente, ó disputaban los dos.

—¡Vamos! ¡Acabarás por fastidiarme!, gritaba la bondadosa voz del doctor. ¿Habrás visto un animal como éste? ¿No te digo que tengo todavía que hacer otra visita? ¡Vete tú solo, si quieres!

Y echaba á correr furioso hacia la casa de su enfermo, mientras el caballo, tan terco como él, tomaba tranquilamente el camino del pueblo, arrastrando el cochecillo, ocupado solamente con libros y periódicos, lo cual hacía decir á la gente del campo que lo encontraba en el camino:

—Vamos, el doctor Rivals habrá tenido alguna pendencia con su caballo.

Desde entonces, la gran alegría del doctor fué llevar á los niños consigo en sus excursiones por las cercanías de Etiolles. El coche era ancho y podían ir tres muy cómodamente, y cuando se veía entre aquellas dos caritas risueñas, el buen señor sentía que la tristeza de su casa se evaporaba ante aquella admirable vista de la naturaleza, que adormece los dolores, los mece y los tapa. Se divertía como un niño con aquellos niños. Jack estaba entusiasmado; no había visto nunca tantos prados, tantas viñas y tanta agua.

—A ver si adivinas lo que hay sembrado ahí, le decía Cecilia, ante esas grandes pendientes verdes que bajan hacia el Sena con movimiento de olas... ¿Cebada? ¿Trigo? ¿Centeno?

Jack se equivocaba siempre. Y en seguida carcajadas, alegrías, bromas.

—¡Abuelito, pues no dice que esto es centeno!

Ella se ponía á enseñarle á distinguir las espigas del trigo de las de centeno, los garfios flotantes de las avenas, lo rosado de los pipirigallos, lo violáceo de las alfalfas, el amarillo dorado de los campos de alcachofas. todas esas alfombras extendidas sobre los prados, esas cosechas en embrión que, cuando llega el otoño, se amontonan en haces aislados en medio del campo, que entonces parece más grande.

En todas las casas donde llamaban al médico, acogían perfectamente á los niños.

Unas veces visitaban una granja, donde mientras el Sr. Rivals se empinaba por la escalera de madera que conduce á la casa, los llevaban á visitar los nidos, á ver sacar el pan del horno, á ordeñar las vacas á la puerta del establo, ó bien uno de esos molinos levantados á orillas del Orge, del Yeres, del Essone, parecidos á antiguas fortalezas con su pasadera verdosa, y todas esas huellas mohosas que deja el agua en las paredes entre sus mal unidas piedras.

Cuando los niños se cansaban de aquellas grandes habitaciones blancas, de las cuales sube el polvo de la harina continuamente, con la trepidación del polvo de las paredes, pasaban las horas muertas contemplando las paletas que azotaban el agua, el hervir de la esclusa, y allí arriba, en el riachuelo aprisionado, tranquilo, sombreado por los saucés una especie de corral líquido por el que correteaban manadas de patos.

Es una cosa singular la enfermedad en esas casas de campo. No entorpece nada, no detiene nada. Las

bestias entran y salen á las horas de costumbre. Si el marido está malo, la mujer lo reemplaza en el trabajo; no se ocupa ni siquiera en hacerle compañía, ni tiene tiempo de apurarse ni de sentir. La tierra no espera, ni los animales tampoco. La casera trabaja todo el santo día; por la noche se acuesta rendida y duerme profundamente. El infeliz que está en la cama en el piso alto, encima de la habitación donde las piedras muelen, del establo donde los bueyes restuellan, es como el herido que cae en un campo de batalla. Nadie se ocupa de él. Se contentan con resguardarlo en un rincón, arrimarlo á un árbol ó meterlo á un foso, mientras la batalla que reclama todos los demás, continúa. En derredor suyo se ciernen el trigo, se limpia el grano, los gallos se desgañifan. Es un movimiento, una actividad no interrumpidos, mientras el amo de la casa, con la cara vuelta hacia la pared, resignado, silencioso y duro, espera que la noche que se acerca ó el día que clarea le quite el mal ó le quite la vida.

Por eso, en las casas á donde iban los niños no encontraban tristeza. Los mimaban. Siempre había alguna galleta para ellos, avena trillada para el caballo, una cesta de frutas que llevarle á la abuela.

¡Era tan querido el doctor, tan bueno, tan poco cuidadoso de sus intereses! Los campesinos lo adoraban y lo engañaban al mismo tiempo.

—Es un hombre muy caritativo, decían cuando hablaban de él. . . . ¡Ah, si hubiera querido, sería rico!

Pero así y todo, procuraban no pagarle la cuenta; cosa que no era muy difícil con un carácter como el suyo. Cuando salía de una casa después de acabar su visita se veía rodeado de una multitud tenaz y bulliciosa. Ja-

más soberano alguno en sus viajes vió su carroz1 asalada como el humilde carruajillo del doctor en el momento de marcharse.

—Señor Rivals, ¿qué debo darle á mi pequeño?

—Y para mi marido, señor Rivals, ¿no hay nada que hacer?

—Esos polvos que me ha dado usted, ¿son para comer, ó para untárselos? ¿Tiene usted ahí un puñadito? Ya se nos están acabando.

El doctor contestaba á todo el mundo; hacía que uno le enseñase la lengua, tomaba el pulso á otro, distribuía papelillos de polvos, daba vino de quina, todo lo que llevaba, y se marchaba, al fin, estrujado, exprimido, en medio de las aclamaciones, de las bendiciones de todas aquellas buenas gentes del campo que, enjugándose una lágrima que asomaba á sus ojos, exclamaban enternecidas: “¡Qué hombre más bueno!” mientras guiñaban el ojo maliciosamente, como diciendo: “¡Qué inocente!” Y gracias si en el último momento no llegaba algún chiquillo corriendo llamándolo para que fuese á asistir á un enfermo á cuatro leguas de allí.

Por fin, volvían á su casa, y aquel regreso á la puestita del sol por los senderos del bosque, ó por la carretera, atravesada por vuelos de golondrinas, animada por juegos de niños, por rebaños en dispersión, era delicioso. El Sena, de un azul muy oscuro á la hora del crepúsculo, corría allá en el horizonte, semejante á un arroyo de oro derretido. Sobre aquel fondo luminoso, grupos de árboles endebles, poblados sólo en la copa, como las palmeras, casitas blancas desparramadas por todas partes, producían la impresión de un paisaje oriental, más bien soñado que visto; una de esas ciu-

dades hacia donde se dirige la “Sacra Familia,” caminando de noche por caminitos en cuesta.

—Esto parece Nazaret, decía Cecilia, recordando imágenes religiosas; y los dos niños charlaban, se contaban cuentos en voz baja, mientras el carruajillo caminaba hacia la cena, de la cual Jack participaba muchas veces.

De todas aquellas excursiones reunidos, resultaba para el señor Rivals que el niño D'Argenton tenía una inteligencia muy abierta, un espíritu concentrado, pero profundo, en el cual había dejado inmensas huellas la poca instrucción recibida. Con su generosa bondad comprendió bien pronto lo abandonado que tenían al niño los suyos, y resolvió proveer á su indiferencia. Tomó la costumbre, todos los días después de almorzar, de hacerle trabajar durante una hora, precisamente el tiempo que empleaba en la siesta. Los que saben lo que es la costumbre de dormir la siesta después de comer, comprenderán cuánto valor y cuánto interés necesitó para resignarse á renunciar á ella.

Por su parte, Jack se aplicó de todas veras. El estudio le era fácil en medio de la laboriosa tranquilidad de la casa de Rivals. Cecilia asistía casi siempre á la lección, escuchaba religiosamente cuando su amigo recitaba el “Epítome,” y le enviaba el fuego de sus ojos, llenos de pensamientos, como para ayudarle á comprender, y se sentía orgullosa y alegre cuando, después de almorzar, su abuelo extendía el cuaderno encima de la mesa y decía con cierta alegría mezclada de sorpresa: “¡Pues si esto está muy bien!”

En casa de su madre, Jack no hablaba de las lecciones. Se complacía en poderle demostrar victoriosa-